

Javier MORENO LUZÓN y Xosé M. NÚÑEZ SEIXAS, *Los colores de la patria. Símbolos nacionales en la España contemporánea*, Madrid, Tecnos, 2017. 452 pp. ISBN: 978-84-309-7114-5

Desde que en el siglo XIX se configuraran los Estados-Nación en Europa, estos han empleado toda una serie de símbolos con el propósito de afianzar el desarrollo de los nacionalismos y ser la identificación y representación de un país en todos los sentidos, tanto en el espacio nacional como internacional, de modo estable. En el proceso de construcción de las naciones los símbolos han jugado, pues, un papel esencial como fuente de legitimación de la identidad nacional al querer condensar y expresar valores comunes. Pero no solo han contribuido a la propagación de esa identidad entre la población de aquella comunidad que se desea nacionalizar. También, han demostrado ser un elemento intrínseco por su capacidad movilizadora y catalizadora de las emociones patrióticas. A pesar de todo, los símbolos no siempre han sido los mismos. Con mayor o menor frecuencia e intensidad, han sido terreno de enfrentamiento entre distintos sectores políticos y han llegado a agudizar conflictos identitarios. En el caso español, estos choques han sido una constante con motivo de las diferentes versiones e interpretaciones de la identidad española, principalmente entre el nacionalismo encarnado en el Estado y aquellos movimientos nacionalistas subestatales como el catalán, el vasco y el gallego.

Bajo estas premisas, los especialistas en historia de los nacionalismos Javier Moreno Luzón y Xosé M. Núñez Seixas abordan en *Los colores de la patria* el origen, la evolución y la trascendencia de la bandera y el himno españoles en los imaginarios nacionalistas contemporáneos. Su objetivo es hacer una historia de las identidades nacionales y los nacionalismos desde 1785 hasta la actualidad en base a la cuestión simbólica, basada en principios constructivistas y de la historia cultural de las naciones y, por consiguiente, alejada de todo posicionamiento y esencialismo. Para determinar la trayectoria de ambos símbolos emplean un enfoque comparativo, además una triple perspectiva: la de sus usos oficiales; la de sus usos sociales complementarios; y la de las tensiones políticas que han generado. En este sentido, la obra resulta innovadora y una aportación historiográfica sobresaliente, que enlaza con los estudios precursores de Carlos Serrano. A ello se une un estilo limpio y divulgativo y una sólida labor metodológica y documental a través de la cual ofrecen profundos análisis y reflexiones sobre la construcción de la España contemporánea a través de estos símbolos.

Prologado por la notoria Anne-Marie Thiesse y precedida de una introducción en la que se ofrecen las claves explicativas de la importancia de los símbolos en la construcción de las naciones, la obra se estructura en ocho capítulos, siete de ellos dedicados al siglo XX. En el primero, se detallan los orígenes de la bandera rojigualda y la Marcha Real -emblemas de marcado carácter militar y monárquico- y las vicisitudes y discrepancias de su progresiva

conversión de símbolos oficiales-dinásticos en nacionales. Una transformación reconocida que los autores sitúan en la guerra de Cuba. Entre tanto, señalan que la puesta en valor de banderas e himnos comenzó con la revolución liberal y la simultánea guerra de Independencia al declarar una doble intencionalidad: primero, servir de elemento nacionalizador contra las tropas napoleónicas y, segundo, manifestar la disparidad ideológica patente entre los defensores del poder absoluto y los liberales.

En el capítulo dos, los autores examinan la voluntad por parte de las élites de regenerar simbólicamente el país como consecuencia de la crisis de 1898, la proliferación de organizaciones obreras y el afloramiento de idearios nacionales alternativos, síntomas de una posible desarticulación nacional. Es, por tanto, a finales del siglo XIX y principios del XX cuando se abren camino las confrontaciones político-ideológicas, reproducidas principalmente a través de enseñanzas, que han llegado hasta nuestros días. En este contexto de “amenaza”, la monarquía, que a lo largo de la Restauración se había ido identificado con la nación y se consolidaría en los sucesivos años, vio en la escuela un instrumento de españolización. Así, el análisis de los proyectos educativos para introducir la bandera nacional en los colegios es otro de los asuntos tratados en este apartado.

A continuación, el libro aborda las estrategias iniciadas por Alfonso XIII, Primo de Rivera y los sectores más conservadores ante la creciente pugna identitaria de los años 20 y la crisis derivada de la guerra de Marruecos. Como indican los autores, en medio de una “guerra de símbolos” el nuevo proceso de españolización se inició “desde arriba”, englobando a todas las esferas bajo una única versión del “ser español” e ilegalizando y persiguiendo cualquier otra interpretación e identificación simbólica de España. Entre ellas, la del republicanismo y sus símbolos de la bandera tricolor y el himno de Riego, objeto de estudio del cuarto capítulo. Aquí, se especifica la importancia de los Ayuntamientos en la confirmación de dicha bandera, decretada como oficial pocos días después, así como la función de los organismos escolares por legitimar la enseña republicana, símbolo de una nación democrática entendida como “comunidad política de ciudadanos”. Por su parte, se constata cómo el himno de Riego se empleó en toda clase de actos, aunque en el universo popular adquirió letras de tono anticlerical y antimonárquico.

La lucha de símbolos, sobre todo de la bandera, se recrudeció durante los años de la guerra civil, razón del siguiente capítulo. En él se realiza un análisis de los emblemas antagónicos que dominaron y coexistieron tanto en la zona leal como en la sublevada, bien para representar a esa España libre o bien para identificar la idea de la España católica y de pasado glorioso, respectivamente. De igual modo, se detallan cómo el himno de Riego cayó en desuso en la parte republicana y cómo Franco redefinió la Marcha Real con contenidos falangistas y eliminando toda reminiscencia monárquica, a pesar de que otras músicas como el *Cara al sol* llegaron a contar con mayor aceptación entre los partidarios de la sublevación. Muchos de estos símbolos formarían parte, una vez terminada la guerra, del nuevo régimen franquista y serían impuestos e inculcados de manera forzada por distintas vías, en especial la educación. De este proceso de nacionalización autoritaria que se extendió durante cuatro décadas se ocupa el capítulo seis.

Los dos últimos capítulos hacen referencia al pasado más reciente del país y al cierto equilibrio que los símbolos han encontrado desde el final de la dictadura. En ellos, los autores se detienen en las renuncias y consensos alcanzados, en términos simbólicos, durante el proceso de transición hacia la democracia; en la constitución de la nueva bandera tras el 23F y la carrera política por convertirla en el símbolo por excelencia de la nación; en el incremento de un nuevo repertorio de imágenes con motivo de la creación de las Comunidades Autónomas; en el proyecto de Aznar de los años 90 relativo a renacionalización del país a través de los símbolos; y en el declive de la bandera tricolor republicana durante

los años 80 y su reactivación en el cambio de siglo como consecuencia, fundamentalmente, de los movimientos para la recuperación de la memoria histórica y la pérdida de prestigio de la monarquía.

En definitiva, el libro es una muestra evidente de cómo los símbolos han cumplido -y lo siguen haciendo- múltiples funciones políticas, entre ellas cohesionar y movilizar, pero también de cómo llegan a provocar disputas. Son diversas las lecturas e interpretaciones que sus autores ofrecen, así como los debates más complejos y transversales que de su lectura pueden derivar, como es el caso de los símbolos actuales como objeto de consumo patriótico. Paralelamente, ofrece una mirada renovada, crítica y rigurosa, que nos pone en mejores condiciones de conocer asuntos tan significativos y polémicos a la vez en la construcción nacional española como: las dimensiones y la cronología de los procesos de nacionalización; los contextos de las distintas ideas y aspiraciones que se han catalizado en torno a los dos símbolos; los obstáculos que impidieron encontrar consensos sobre regímenes políticos y definiciones territoriales; y las semejanzas y peculiaridades respecto a otros países europeos. En relación a esto último, la aplicación de esa mirada comparada por parte de los autores les lleva a concluir que la inestabilidad simbólica de España no fue algo excepcional de este espacio, sino que fue habitual en toda Europa, desechando así las viejas interpretaciones del excepcionalismo español.

Sergio NIEVES CHAVES
Universidad de Castilla-La Mancha
Sergio.nieves1@alu.uclm.es